



## SUMARIO

- FLORENCIO BELLO  
Sección vermouth.
- J. ORTIZ DE PINEDO  
Sor Genoveva.
- JOSE PASTOR RUBIRA  
Bajo el sol.
- IGNACIO MUÑOZ  
El otro género.
- JOSE COSTA FIGUEIRAS  
Lluvia de mujeres.
- B. CALDERON FONTE  
La sortija.
- TOVAR, PACO MATEOS,  
TINO, MONPOL y NINO
- Varios dibujos y retratos de  
Pastora Imperio é Ignacio  
Muñoz.

## CARAS BONITAS



PASTORA IMPERIO

*La reina cañí, que ha afinado en el Teatro Lara,  
para bien de la nación y de sus subordinados,*

Biblioteca Regional de Madrid

**5 cénts.**



## El piropo callejero

No sé de dónde han sacado algunos escritores que el piropo en la calle á las mujeres es vituperable.

Creo que confunden la bellaquería con la galantería.

Me parece justo que se tire contra los bellacos. El hombre que groseramente ofende el sentimiento de una dama, merece un palo.

Pero la galantería es otra cosa. La galantería, á veces, es irreprimible. La súbita presencia de una mujer hermosa arran-

### PUERILIDADES



—Y ahora, ¿qué os enseña el maestro?  
¿El Fleury?

—Quitá, no, señor; si es muy bruto. ¡Si se lo tienen que enseñar á él las mayores!

ca á todo el que no tenga la viscera cardíaca de celuloide, una exclamación de amor.

Esta exclamación, tan efusiva como espontánea, se llama piropo.

Quien no sabe exteriorizar tal emoción en forma galana y vehemente, es para mí tan acroedor al palo como el otro bellaco. Porque creo que tan bellaco es el insolente, como el pazuato.

Ante la belleza, como ante Dios, hay que descubrirse. ¿Qué más da estar cubierto en la iglesia que escarse en ella?

Hay una diferencia á favor de la belleza. En la Iglesia hay muchos que no creen, y su escepticismo les disculpa. En cuestiones de belleza, somos todos creyentes, hasta los estetas —por eso lo son—, y hay que descubrirse siempre.

Además, hay que reconocer una cosa. Que el piropo es universal y de origen femenino. Y así es. Sino que, andando los tiempos, se ha masculinizado.

*Hagamos Historia.*

Todos los lectores tienen, de seguro, noticia de una distinguida dama precursora de los modernos trajes ceñidos, reveladores de las tentadoras formas femeninas. Me refiero á la señora Eva, que allá en el año uno de la Creación, se dedicó tenazmente á la conquista del incauto Adán (q. e. p. d.)

¿Habrà quien niegue, después de lo ocurrido en el Paraíso, que el piropo nació con la mujer, de la que fué arma predilecta?

Pues continuemos haciendo historia.

¿Hablamos de doña Sara, la ilustre consorte de Abraham? Para qué, ¿verdad? Así como así, nos sabemos todos de memoria cuántas y qué estupendas fueron las dotes piropeantes de la muy linajuda seductora de Faraón y de Abimelech.

Y ¿qué me cuentan ustedes de la bellísima Rebeca? ¿Y de la graciosa y pizpere-

ta Dina, la amarteladora del hijo de Hamor Heveo? Y ¿dónde me dejan ustedes á la hermosa Raquel? ¿Y á Tamar, la alegre viudita de Er?

Pero dejémosnos de testamentos antiguos, siquieran sean los más verídicos por su origen divino, y vamos con historias medioevales, menos conocidas que las antiguas, por estar éstas en pleno auge cinematográfico, y por tanto, al alcance de toda clase de público, incluso niños y soldados sin graduación.

¿A que no saben ustedes cómo se las arreglaban las púdicas doncellas del siglo XIII para llamar la atención de los mancebos que las eran agradables? Pues poniéndose polvo de almizcle entre el pie y el chapín, y pisando fuerte cuando se acercaba el apuesto doncel, para almizclar el ambiente. Esto se lee en las anotaciones de la *Biblia* de Arragel; no vayan ustedes á creer que nos lo refiere cualquier pelafustán. Diganme ustedes qué harían aquellos felices mortales, si no eran de palosanto. Supongo que al perfumado disparo, corresponderían con floreatos no menos olorosos.

El uso desmesurado de afeites en el rostro, de pinturas en el pelo y de exageraciones en el traje, dice nada menos que el Arcipreste de Talavera, don Alfonso Martínez de Toledo, en su *Reprobación del amor mundano*, que era algo así como el desencuadernen femenino.

Y es cosa de preguntar: ¿Hay quien crea que todos esos refinamientos los usaban las damiselas para adormecer el entusiasmo de los hombres? A no ser un perfecto adoquín, hay que suponer que aquellas castas mujeres esgrimían todos aquellos artificios para que los hombres que tuviesen redaños, dijese al pasar, pongo por piro: «Por Dios y mi ánima jure, que os facia, hermosa, un entuerto, en menos de lo que canta un gallo.»

Pero dejémosnos de historias y garabainas. ¿Qué somos nosotros, comparados con los parisienses? Mermelada, dulce mermelada. ¡Buenos se pondrían nuestros censores del piro, si presenciasen una fiesta de Santa Catalina! ¿Y aquellos bulevares, donde cada sujeto es una edición de *El arte de declararse*?

## NOTAS DE LA GUERRA



Dos aliadas.

No faltará quien hable, á lo mejor, de la cultura de Nueva Zelanda. Conformés, distinguido témpano; pero no olvide el alma glacial, que allí se deambula con mordaza.

Y aquí, ya lo han visto ustedes. Con diez bajo cero, iban nuestras compatriotas por esas calles, con un escote á prueba de pulmones.

Y nosotros, la mayoría, sin gabán.

Claro que por tenerlo empeñado. Pero esto, ¿qué le importa á nadie?

Supriman ustedes el piro, y han suprimido la radiación solar. El mundo sería una heladora.

Como que el piro es un roce espiritual. Y el roce, ¿no engendra el calor?

Piro. De piro, pira, faego, llama.

Casi un sudorífico. Como el piramidón.

Hay que saber genealogía (!), señor.

FLORENCIO BELLO

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que hemos trasladado la Redacción, Administración y Talleres á la calle de Santa Isabel, núm. 45.

# SOR GENOVEVA

**S**or Geneveva, toda asustada, con miedo infantil, se presentó á la abadesa para decirla suspirando:

—Madre abadesa... En la capilla secreta pasa algo. Parece que las imágenes están más tristes que de ordinario.

La abadesa, sorprendida y sonriendo:

—¿Cómo más tristes, sor Geneveva? Estarán... como siempre.

—Perdonad, madre; pero no están como siempre: están más tristes, con una tristeza que... ¿cómo diré?... que parece una enfermedad; eso, una enfermedad de tristeza. Una de las imágenes parece que por momentos va á morir de pena.

## PETIT- AFÉ



—El otro no vuelve, y este tío me va á pedir el importe.  
¡Vaya si me lo pidel!

—¿Qué decis, hermana? ¿Será un milagro?

—Un milagro es, sin duda.

—¿Habéis visto si falta algo en la capilla? Mirad si están bien las luces, los floreros; si están bien alumbrados los santos. A veces, el cielo nos avisa las faltas cometidas... ¿Se ha interrumpido el rezo de los sábados? Preguntad... Si la capilla está en abandono, se explica el milagro.

—Nada falta, madre. Ya sabéis que soy yo la encargada de la capilla. Los rezos no se han interrumpido: todos los sábados se hace la oración de vísperas.

—Entonces no se explica la tristeza de los santos. Pero, ante todo, hermana, ¿estáis segura de lo que decis? ¿No será una alucinación vuestra?

—Madre abadesa, yo os aseguro que las imágenes miran de un modo que parte el alma. Parece que tienen lágrimas en los ojos... No, no lo parece: las tienen, las he visto yo; las veo todos los días...

—¡Por Dios, hermanal! ¿Lágrimas verdaderas?

—Verdaderas, madre. Tan verdaderas como las mias, que caen constantemente en la capilla secreta, en la celda y en todas partes. Madre, ¿será que las imágenes lloran por verme llorar?

—Y vos, ¿por qué lloráis tanto? Dios Nuestro Señor no exige de los pecadores el llanto: le basta con la bondad, que puede sonreír; le basta con la oración y la penitencia. No exige el sacrificio: si nosotros nos sacrificamos, es por ganar mejor el cielo y salvar á las almas. No lloréis tanto, hermana Geneveva: estáis enferma, y Codriais causaros grave mal.

—Madre, lloro porque mi vida es cada día más triste. ¡Quisiera estar ya junto á mi Dios!

—Con El estáis: el que ama á Dios, está cerca de El; está á su lado.

—¡Es que quisiera morir!

—¡Hermana! ¿Habéis

perdido el juicio? ¿Olvidáis que desear la muerte es pecado?... Confesaréis en seguida. Y esta tarde bajaré yo á la capilla secreta. Os avisaré, y bajaréis conmigo.

## II

La capilla secreta se llamaba así por estar reservada, porque únicamente se hacía en ella el ritual en caso de disturbios políticos que provocasen motines ó revoluciones, y también en caso de guerra.

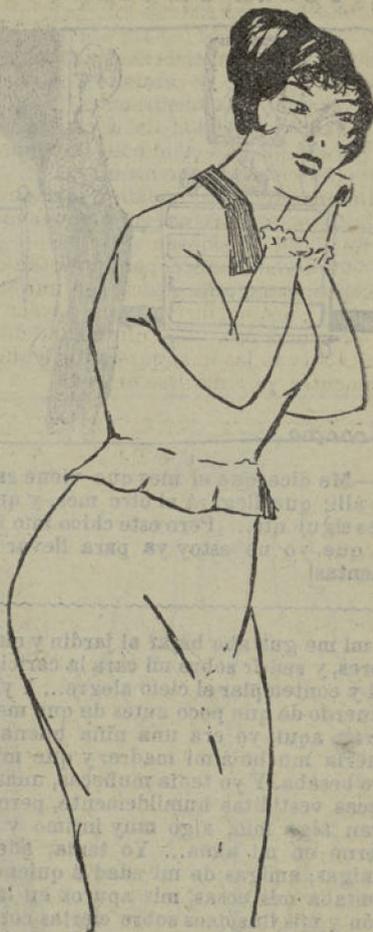
La capilla secreta estaba situada en la planta baja del convento, junto al jardín, que comunicaba directamente con la puerta central de la capilla, puerta que nunca se abría; para hacer el rezo de los sábados, las hermanas entraban por las puertas laterales de junto al altar. Era la capilla un recinto pequeño, sin ventanales de colores, con estrechas ventanas de cristal esmerilado que, desvirtuando el fulgor de la luz solar, la hacía pasar á la capilla blanquecina y débil. Nunca las emanaciones del jardín, de brisas y de flores, de tierra cálida y de árboles jugosos, penetraron en el santo recinto. La Naturaleza, como la vida de expansión, tenían en la puerta, siempre cerrada, de la capilla, una frontera infranqueable. Se detenía allí la vida, y en el mismo punto comenzaba e misterio.

Así el alma de sor Geneveva, como la capilla secreta, cerrada á toda luz, Naturaleza sin sol, con el mismo ambiente de ensueño, de fervor y de lágrimas de la triste capilla. Sor Geneveva, que al entrar en el convento lo llenó, sin saberlo, de todas sus frescuras de flor, al encargarse de la capilla secreta se aromó de incienso interiormente hasta olvidar el perfume de las flores que brotan en la tierra; y con el incienso de su alma, místico y profundo, como el único aroma de ella, convirtiéndose en una lenta sonámbula, inconsciente de la vida, que llevaba constantemente en los ojos la visión del cielo.

Sor Geneveva pasaba el día en la capilla secreta. Únicamente de noche, al retirarse á su celda y cruzar los corredores iguales, veían sus ojos fuera el horizonte sensible de todos los días. Por eso su alma, esclava de la constante postración, contemplativa, fué cayendo, cayendo lentamente en amor á la muerte; por eso su tristeza, inmensa como su ideal, tomó la forma de las lágrimas; por eso sor Geneveva veía llorar á las imágenes y lo juzgaba milagro.

Y á dos pasos de ella, al otro lado de la puerta, siempre cerrada, de la capilla, el

## VIUDEZ TEMPRANA



—¡Hay de mí! ¡Qué vacío ha dejado ese hombre al morirse!

jardín ofrecía la vida, como bálsamo, el único, para curar aquellas tristezas de muerte. Un divino Mayo de alegría alzaba al cielo su ditrambo ardiente; algo como un alma en el jardín lozano, bendecía sonriendo al buen Dios que ha puesto la vida en el mundo. Era aquel jardín un templo abierto al culto del vivir.

## III

—¡Madre!... Sí, yo estoy mala, muy mala... Yo tenía ilusiones, yo tenía vida...

## FUERA DE CUENTA



—Me dice que el mes que viene saldrá de allí; que llegará al otro mes, y que al mes siguiente... ¡Pero este chico mío ignora que yo no estoy ya para llevar esas cuentas!

A mí me gustaba bajar al jardín y oler las flores, y sentir sobre mí cara la caricia del sol y contemplar el cielo alegre... Y yo me acuerdo de que poco antes de que me trajeran aquí, yo era una niña buena que quería mucho á mi madre, y que mi madre besaba. Y yo tenía muñecas, unas muñecas vestiditas humildemente, pero que eran algo mío, algo muy íntimo y muy tierno en mi alma... Yo tenía, además, amigas; amigas de mi edad á quienes les contaba mis cosas, mis apuros en la lección y mis ilusiones sobre ciertas cosas de la vida... Y los domingos salía de paseo con mi madre, y mi abuelito por la noche me contaba cuentos y me compraba caramelos. Yo me comía los caramelos, y recuerdo que un día le dije: «Abuelito, ¿por qué no me compras bombones en vez de caramelos? ¿Porque son más caros?» Se echó á reír y me dijo: «Bueno, hija; te compraré bombones.» Y desde entonces me contaba cuentos y me compraba bombones. Se murió el abuelito, se murió mi madre, me trajeron aquí... y nunca más he vuelto á reír. Se me acabó la risa, madre; se me acabó la risa, como se me habían acabado los caramelos y los bombones, como se me habían acabado el abuelito y mi madre... Y he tenido que dar un adiós para siempre á todas mis ilusiones, á todo aquello de cuando era niña que me

hacia reír, y á todo aquello que, mujer después, me hacía soñar... Hay más: perdóneme, madre; pero yo tenía también ansias grandes; no sé de qué, si de reír ó de llorar; pero sí de querer mucho... Yo había visto hogares con esposos que se querían mucho y querían mucho á sus chiquitines... Yo había leído un día una carta con letra muy igual, que hablaba de cariño, de mucho cariño, y la firmaba un hombre, y en el sobre de la carta decía: «A Margarita.» ¡Cuántas veces, después, me he acordado de aquella carta! «A Margarita...» Y alguna vez soñé con que aquella carta iba dirigida á mí; que en el sobre, en vez de decir «A Margarita», decía «A Genoveva.» Y llegué á más en mi sueño: llegué á figurarme que recibía la carta, que me escondía para leerla en mi cuarto; que al cortar el sobre, me temblaban las manos, y que al empezar á leer me temblaba el corazón; que seguía leyendo y sonreía, y después me quedaba triste, indecisa, sin saber qué sentía, llena el alma de inexplicable dulzura, con ganas de llorar y de reír... ¡Madre! Aquí me trajeron er gañada. ¿Dónde está mi madre, el abuelito, mi jardín, mi carta? ¿Dónde están mis ilusiones, dónde está mi vida? ¡Me lo han robado todo!

## DEL REFRANERO



—Anda, Carlitos, danos dos duros...  
—No, hijita, que el que echa pan á perro ajeno...

La voz de la monja enferma, sonaba trémula, llena de dulzura y de suspiros. La abadesa callaba.

## IV

A las primeras horas de la tarde, la madre abadesa mandó llamar á sor Genoveva. Se presentó la hermana cabizbaja y suspirando. Entre las tocas blancas, la cara blanqueada con la pureza de la nieve y de la espuma, del azahar y de la azucena; los ojos negros, cargados de poesía y de tristeza, destacaban en la cara purísima; los labios frescos aún, un poco pálidos, nido de oraciones y de besos ideales, dibujaban una línea gruesa, graciosa y ligeramente ondulada; la frente serena, espaciosa, parecía la puerta misteriosa que guardara pensamientos preciosos. La abadesa preguntó:

—Hermana, ¿persiste el milagro de la capilla? ¿No se ha endulzado la tristeza de las imágenes? —añadió con suave ironía.

—No es una ilusión de mis ojos, madre. Si es un milagro, el milagro dura todavía.

—Pues vamos á la capilla... Venid conmigo.

Las dos religiosas cruzaron los largos corredores, defendidos del sol por grandes cortinas grises, y bajaron al patio, dirigiéndose á la capilla secreta.

## V

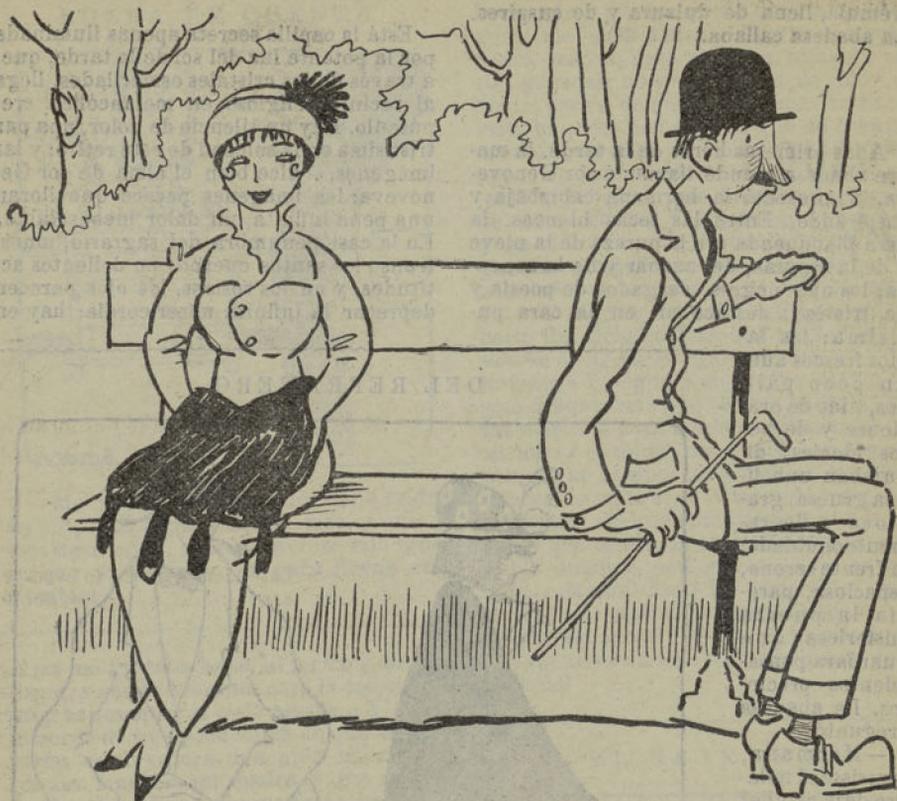
Está la capilla secreta apenas iluminada por la potente luz del sol de la tarde, que, á través de los cristales esmerilados, llega al recinto religioso en melancólico crepúsculo. Hay un silencio de dolor, una paz trístisima en la soledad de este retiro; y las imágenes... dice bien el alma de sor Genoveva: las imágenes parece que lloran una pena infinita, un dolor inconsolable. En la casi penumbra del sagrario, muéstranse los santos cuerpos en dolientes actitudes, y en los rostros, los ojos parecen deprecar la infinita misericordia; hay en

## DEL REFRANERO



*El.* — ¿Te vas? Pues, mejor: el buey suelto, bien se lame.  
*Ella.* — Pronto comprobarás lo contrario.

## DE PUNTA A PUNTA



*Ella.*—¡Qué hombre más impresionable! Ni siquiera lo he mirado, y ya se ha corrido hasta la otra punta.

ellos un llanto invisible, y en la mirada de la Virgen flota la eterna melancolía.

La abadesa se arrodilló ante el altar y rezó una oración. Al levantarse, dijo a sor Geneveva:

—Hermana, padecéis una alucinación...

Con fuerte vehemencia, sor Geneveva, arrodillada y orando, se levantó temblorosa; señalando con los ojos a las imágenes, con una mirada extraña, sollozó:

—Pero, ¿no lo veis, madre; no lo veis?

La abadesa, con miedo de superstición, volvió la mirada a las imágenes y la clavó en los divinos ojos. Temblorosa también, creyente del milagro, señaló la puerta de la capilla a la monja:

—¡Abrid, hermana; abrid!

Sor Geneveva, vacilante, se acercó a la puerta; descorrió los enmohecidos cerro-

jos, durante tanto tiempo sin abrir, y con mano temblona empujó la cojuntura de las hojas de la puerta, que, cediendo al impulso, se abrieron de par en par.

...Una bocanada de vida penetró en el santuario. La luz viril del sol cayó sobre las imágenes dolientes como un bautismo de salud y de alegría. Las imágenes murientes, agonizantes, reanimaron su gesto... y el milagro se deshizo.

¿Y el alma de la monja? El alma de sor Geneveva sintió también aquella lanzada dulce del rayo de sol... Fué un momento de intensa alegría, de vida palpitante. Pero saboreando la caricia de la luz en los ojos, en las mejillas y en la boca, evocó la visión del pasado y sintió otra vez que su corazón decía:

—Yo tenía ilusiones, yo tenía vida, yo

era una niña buena, que bebaba á mi madre...

J. ORTIZ DE PINEDO

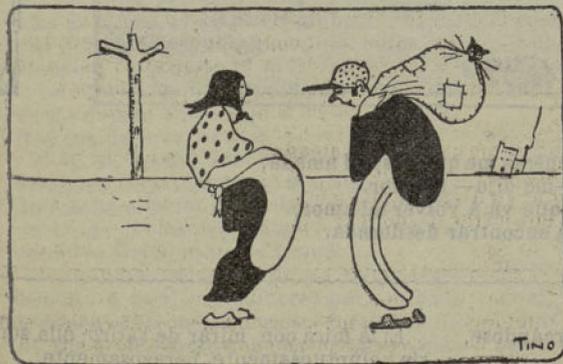
## BAJO EL SOL

**A**rdía el sol en llamaradas de oro. Eran las doce del día, de un día de Agosto, sofocante y enervador, diáfano y tranquilo. Cantaban los pájaros desde los verdes entoldados del bosque cercano. Las brisas, rumorosas y alegres, acariciaban con besos de perfume tibios...

Celebrábase con pompa extraordinaria el cumpleaños de Adriana, la lindísima primogénita de los condes. Después del almuerzo, y cansados ya de charlar y beber, Roberto propuso á las muchachas dar un paseo largo por el monte próximo, hasta la hora de comer.

Y alegres, satisfechos, retozones, salieron ellos y ellas formando un grupo encantador, brincando como corzas novatas, halagados por la promesa de unas horas felices, pasadas en plena Naturaleza, bajo un sol implacable, lleno de vida, que despertaba en el espíritu ansias de soñar y ansias de placeres en la carne...

## LOS PREVISORES DEL PORVENIR



—Ya ves: los dos con el bulto á cuestas, por no ser «previsores».

## LUGARES COMUNES



—¡Cuánto tarda el zagall! ¡Ni que se le hubieran ido las ovejas!

## II

Y allá va, campo atraviesa, de prisa, corriendo, la caravana de la alegría, el ejército del amor.

Han recorrido más de dos kilómetros en menos de media hora, y sus bocas, reseca ya, no se han abierto más que para gritar alocadamente. Van cansinos, jadeantes, al llegar al montecillo de los molinos. Los árboles, corpulentos, y frondosos, se alzan ante ellos, brindándoles sus sombras de pa-

raiso. Y ellos, pareja por pareja, se van alejando con paso tardo, con mirar de fuego, en busca del dosel bienhechor de la enramada, que resguarde sus cuerpos de aquella lluvia de fuego. Cupido no pasea sólo por las ciudades: va también por los campos.

## III

—¡Mira, mira, Roberto! ¿Te fijas? Elena corre hacia el molino como una desesperada; Adrián la persigue como á una mariposa. ¿Qué será?

—Es el amor que huye del amor. Ya se encontrarán; es ley inevitable. Cuanto más se alejen sus cuerpos, más se acercarán sus almas. ¿Lo ves? Ya están juntos. El le coge la

## HELEGIA



—Mientras me quieras, mi amada,  
 lleva —me dijo— esa flor.  
 Y hoy, que va á volver mi amor,  
 me va á encontrar desflorada.

mano, y ella sonrie; van acercándose, acercándose... Estalla un beso...

El rostro diamantino de Adriana adquiere de repente colores de grana; sus ojos azules despiden llamaradas de pasión.

El la mira con mirar de sátiro; ella sonrie voluptuosamente, perezosamente...

—¿Ves aquel pedazo de cielo azul que vaga como una nubecilla suelta? Tiene el mismo matiz de tus ojos; brilla como ellos, y como ellos esconde un jirón de gloria...

EL PÍCARO OFICIO



*Ella.*— Cuando quiera usted bacermc una visita, ya lo sabe: en la calle de la Visitación.

*El.*— Claro, ella misma lo dice: «Visita- ción.»

Allá, lejos, el amor había improvisado sus nidos bajo el ramaje de los árboles, en los recodos del camino, en lo alto del monte. De todas partes traían las brisas aromas de flores, rumor de palabras ahoga- gas por la emoción, aleteos de besos ar- dientes.

La virgen de los campos, avergonzada, había dejado su puesto á Venus Citerea, la diosa de la carne.

—Sí, sí, amada mía; aquí, en este lecho de flores, bajo este trono inmenso, á la luz de oro de este sol que abrasa la carne y enciende la sangre, ante el angusto sa- cerdote, divino creador de todo...

—¡Roberto, mi Roberto; yo te quiero á ti como á un Dios! ¡Tú eres para mí más que ese cielo tan hermoso, más que ese sol tan esplendente que nos envuelve, más que esa gloria que se transparenta á través del espejo azul de ese horizonte sin nubes; porque tú lo eres todo para mí! Pero... déjame. Mi voluntad flaquea, no abusos de mi amor...

Ella estaba medio terdida, recostada indolentemente sobre el tronco de un árbol gigante, enseñando, sin advertirlo, algo más que el nacimiento de una pierna primorosamente modelada, que volvió loco á Roberto.

—¡Adriana, vida mía!—dijo el joven, enajenado, abalanzándose sobre ella.— Quiero poseerte, estrujarte entre mis brazos en un momento de locura inmensa. La unión de nuestras almas ha sido el preludio sublime de la unión de nuestros cuerpos. Ven, ven!..

Hubo una pausa larga, solemne, re- ligiosa.

El sol ardía en llamaradas de oro. Corría el viento á lo largo del monte, llevando en sus ondas, con vibraciones sonoras, una sin fonia de besos, una marcha real de suspiros...

José PASTOR RUBIRA

HAY QUE DISTINGUIR



—Vamos, que no te vendrá mal ser ca- marera de mi «cerve», aunque, claro, el primer día siempre se rompe algo.

—O no; eso es según á quién.

La redacción, administración y talleres de la imprenta de «Edicio- nes ESPAÑA», se ha trasladado á la calle de Santa Isabel, 45.



Ignacio Muñoz.

Ap'audido autor y actor cómico, que actúa con gran éxito en el Teatro Madrileño.

## El otro género

**E**ste otro género, como ustedes habrán sospechado ya, es el género sicalíptico.

Mi opinión no puede ser definitiva sobre este nuevo aspecto del arte: ¡cualquiera se atreve a definir en un pueblo donde no se sube el pan sin motivo justificado, y en cambio, se sube el pan por un quitame allá esas pajas!

Para mí, el género sicalíptico ha venido a llenar un hueco que no estaba hueco; la vida es corta, como hay otras muchas cosas que son tan cortas como la vida; si en ese breve espacio de la existencia, que debe dedicarse a crear otras muchas existencias, nos empeñamos en que la hermosura y el deseo se guarden sus encantos, los hombres y las mujeres, los seres más perfectos de la creación, pasarán hambre y sed de placeres, teniéndolos á carros en su propio cuerpo, sin prohibición de la ley.

En fin, como yo no me consideraba capaz, por mi calidad de varón, para llenar un artículo con mi solo parecer, ahí van los pareceres de algunas doctoras en la materia, aunque yo no responda de la autenticidad de las citas.

*Chelito.*—Sin la sicalipsis, las naciones

tendrían un déficit enorme de ciudadanos. Si las señoras de su casa son francas y lo saben, que lo dudo, porque los hombres fingen mucho en la intimidad, que digan los buenos ratos que deben á un molinete ó á una *deshabillé* de esta servidora de ustedes.

*Margot.*—¡Cuántos señores respetabilísimos he visto á mis pies, vamos al decir, gracias á la sicalipsis! Para oradores elocuentes, los que me han dedicado personalmente sus discursos. ¡Qué lenguas!

*Chisperita.*—Si Dios me lo dió, ¿para qué lo quiero? Si el que lo necesita me lo pide, ¿para qué lo niego? Ser bonita, bien formada... y ser casta, es una avaricia sin fin práctico ninguno.

Que guarden su cara y sus imperfecciones las feas y contrahechas, lo comprendo; pero ¿yo?...

*Mari-Focela.*

Me parió mi madre,  
me parió mi madre  
chiquitita y bonita,  
¡ay, ay, ay, ay!,  
chiquitita y bonita...

Y si además de chiquitita me hubiese echado á este mundo sosa y desaborida, mal haya el momento de mi debut en este pitearo mundo. ¡Viva la sicalipsis! Si la austeridad es el fin de la vida, yo quiero vivir mucho, y cuanto más á gusto, mejor.

Nota: ¡Si supieran ustedes lo que me gustan los hombres buenos mozos!

Se continuará.

Y ahora, como final, el que de veras, sin que le escuchen en casa, sienta odio sincero al género sicalíptico, que alce el dedo.

IGNACIO MUÑOZ

## Lluvia de mujeres

**P**erezosamente recostados en un diván, departían la linda *divette* Anita Vives y el poeta Enrique Miró. Ella, jugando sonriente con su abanico; él atento sólo á la contemplación de Anita, dando á la voz expresión insinuante, á veces saliendo de sus ojos un relámpago que parecía rielar sobre la rosada color del semblante de la *estrella*.

—¡Créalo usted, Anita! La mujer, obra suprema del Creador, no tiene en el mundo otra misión que la de amar.

—Me parece, Enrique, que plagia usted. Creo recordarme de haber leído ese similitud en no sé qué libro.

—Usted siempre burlona. Pero, no importa; la perdono, en gracia á que ustedes las mujeres se en argan de endulzar nuestro paso por el mundo, con la ambrosía de sus labios y el afecto de sus almas.

—Según eso... ¿usted se erige en defensor y panegirista de la mujer?

—Sí, Anita. Yo creo que son injustos los que culpan á Eva de la perdición del mundo; es más, aseguro que sin ella nuestra vida no valdría la pena de vivirla. Dicen que á Eva debemos el estigma del pecado original; no es verdad. Lo que debemos á Eva, es la originalidad del amor... ¡Dichosa ella!

—Enrique... ¡habla usted como un libro! Y diga usted: en mujeres... ¿cuál es su tipo?

—La mujer.

—¿Así? ¿En general?

—Sí, Ana; en general. Nosotros, los poetas, no hacemos distinciones. En el cerebro llevamos un harem donde abundan todos los tipos: las rubias, con cabelleras de oro y ojos de turquesa; las morenas, pelinegras, de ojazos que abrasan; las blancas, de pálida tez y ojos claros como el resplandor de la luna... ¡Y si viera usted el pensamiento, incansable sultán, cómo las mimas, cómo las acaricia, cómo las posee!... Y, claro, como el cerebro es un mundo donde no existen los modistos, todas las mujeres van sin trajes, sin ocultar ninguno de sus encantos; igual que Eva, á quien Dios echó al Paraíso sin ropajes; por eso á la Verdad la pintan desnuda: porque Eva simboliza la Verdad.

—¿Y no tienen ustedes en ese harem alguna preferida, una favorita?

—Sí que la tenemos... La una es morena, tiene los ojos como la tinta, los labios como la sangre, la epidermis... ¡como la de usted! Sí, no se ría; mi favorita se parece mucho á Anita Vives. Tal vez lo sea...

—¡Enrique, esa frase parece una declaración!

—Es usted implacable.

—Soy mujer. Los poetas no hacen distinciones: las artistas somos caprichosas, tenemos preferencias.

—Los poetas también somos hombres.

—Casi me decido... Qué quiere usted, ¿una esperanza, ó una concesión inmediata?

—¡Ana!... La humanidad masculina es un campo resecaado por las irradiaciones del astro Amor. Precísase una lluvia de

mujeres para fecundarlo. Yo, diminuta parcela de ese campo, hace tiempo que imploro, á las nubes del cielo donde reina Cupido, una sola gota de esa lluvia. ¡Sea usted esa gota, Anita de mi vida!

—Pero, Enrique... ¿no se acuerda usted ya de lo dicho hace un momento? Usted, que lleva en el cerebro tan variada colección de tipos femeninos, ¿cómo va á conformarse con una mujer sola? Si es preciso que lluevan mujeres... ¡espere usted á que caigan á chaparrones; espere usted ese nuevo diluvio! Yo no debo bastarle... Además, nosotras somos como las mariposas; ustedes se parecen á los niños, y, como éstos á aquéllas, los hombres nos persiguen á nosotras... ¡pobre de la que se deja coger! El deleznable polvillo de nuestras alas, mancha las manos que nos acarician, y después... ¡quién se acuerda de la pobre mariposa abrasada en la luz del desengaño! Pero le quiero á usted, Enrique, y seré su favorita... ¡Ojalá que el pensamiento, incansable sultán, como usted le llama, no se olvide pronto de mis amores!

—Mi pensamiento le pertenecerá siempre, Ana...

En el elegante *boudoir* de la *divette* se

## LAS HORAS MUERTAS



He aquí en lo que casi siempre están ocupadas las mujeres.

escuchó un dúo de besos, y la cabeza de Enrique eclipsó el semblante de la *es-trella*.

- ¿Me querrás siempre
- No te olvidaré jamás.
- ¿Y si hay lluvia de mujeres?
- Si hay lluvia de mujeres... ¡no llevaré paraguas!

José COSTA FIGUEIRAS

## DE LAS QUE TIRAN MAL



El — ¡Se está fumando una tagarnina! Pues lo que es yo, no me la fumaba.

## LA SORTIJA

**A**y mi Lulú! Desde que me has dejado estoy muy triste. Cuando salía de tu hotel, aún me zumbaban en los oídos aquellas fatídicas palabras que tú, con voz melosa, procurabas hacer penetrar dulcemente en mi espíritu.

—Eres muy niño. Yo te quise, y aun te quiero; mas debes comprender que yo necesito otra cosa que tú no puedes darme, y que, aunque pudieras, yo no aceptaría. El barón marcha mañana á París: me ha indicado que tal vez no vuelva á España, y que puedo seguirle, si quiero; y yo, sin pensarlo, porque esas cosas no se piensan, he decidido marcharme con él.

Tú debes recordar mi respuesta. Te dije con tristeza que qué iba á ser de mí. Tú te encogiste de hombros, como dudando de mi desventura, ¡me creías tan niño! Luego lloré, cuando en la puerta me dabas el último beso. Tus labios se apretaron á los míos; yo, sediento, con el ansia del caminante que no espera ya volver á encontrar la fuente de agua cristalina, besé tus mejillas, tu niveo cuello, las ondas perfumadas de tus cabellos castaños, tu nuca de revoltosos ricillos que cosquilleaban. Me diste la mano, te desasiste rápidamente, y la puerta se cerró... Al estar en la calle, alcé la vista hacia tus balcones, y estaban cerrados, mudos. ¿No es verdad, nenita, que fuiste algo cruel? Confésalo. Yo te perdono.

Dijiste que era niño, y aun cuando yo no participaba de esa opinión, quise serlo. Me dediqué á esos amores fáciles que tienen por protagonistas al travieso estudiante y á la risueña modistilla. En las vías populosas, donde la ciudad se desborda, cayendo sobre ellas como la sangre afluye á las arterias principales, me reunía con cuatro ó cinco de mi edad, y allí esperábamos la salida de los talleres. Venían en bandadas, como pajarillos, riendo y gozando la alegría de vivir, ciñendo sus cuerpos gráciles con la falda coquetamente recogida, que dejaba adivinar morbi-deces de virgen deseable y deseosa; de virgen chiquilla llena de ansias vagas y dorados sueños. Con una de ellas fui yo; no recuerdo su nombre; un nombre vulgar, no sé si Pepita ó María, aunque algo parecido. Le hablé de cosas fútiles al principio; luego la conversación adquirió relieves más libres. Primero le cogí furtivamente una mano; más tarde, pasando por un paseo solitario, ceñí su esbelta cintura con mis brazos temblorosos. Vinieron las citas, lo que yo llamaba enfáticamente citas, y que sólo eran un encuentro que empezaba á la una de la tarde de un domingo, y terminaba á las siete en un teatro por horas, donde, á presencia de tanta gente, ni aun tuve tiempo de cambiar con ella un apretón de manos.

Un día le planteé el asunto. ¿Te acuerdas, Lulú de mi vida, de aquellas frases ardorosas, de aquellas conversaciones apasionadas que contigo sostenía? Pues si me hubieras oído hablar con la modistilla, dudaría de que fuera yo mismo quien las pronunciara. Yo no quise engañarla, y en uno de los dedos de su blanca manecita introduje una sortija que de mi hermana había sustraído. Luego nos dirigimos ha-

cia las afueras de la capital, vagamos á la ventura, y en un lugar solitario, donde hasta nosotros no llegaba, ni aun apagado, el rumor de la gente, nos sentamos; la apreté contra mi pecho, y vi en el fondo de los ojos de mi amante, retratado el azul purísimo del cielo sin nubes, mientras la Naturaleza cantaba bajo nuestros cuerpos la canción de la vida.

II

Al llegar aquí, reirás mucho, Lulú que fuiste mía; reirás con una risa de escéptica, que yo, sin verla, me parece oír y me hiela la sangre.

¡Por una sortija! ¿Verdad que es jocoso, Lulú? Por una sortija y un pedazo de amor. Al comprender tu conmiseración, siento lástima por la pobre modistilla...

Tú estás cansada de decirme que te entregaste la primera vez por amor, sin que la amenaza de ningún regalo te hiciera indignar. Yo podría objetarte que mi modistilla me adoraba; tú, de seguro, son-

reirás. Tienes tanto orgullo, que pensarás en lo que mil veces has vertido en mis oídos: que nadie, sino tú, podía querer á un niño tan exigente, tan romántico como yo. ¿Por que me has abandonado, Lulú? ¿Por qué te has ido tan lejos, sabiendo que tú sola me querías con pasión grande de mujer que comprende y adora las debilidades, ya imperiosas, ya suplicantes, de un niño sin voluntad?

No odies á la pobre modistilla que me hizo olvidar unos momentos la imagen de tu busto soberano, el mohín de tus dulces labios, la expresión de tus ojos, lo adorable de tu cara; se entregó á mí, no por amor, ¡por una sortija!

No la odies; consuélate, y ¡perdónamel

B. CALDERON FONTE

Agentes exclusivos en Sud América  
MASIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º



¡Colosal obra erótica!

# La noche de boda

CONIADA

por algunos casados y casadas

Relaciones verídicas y sensacionales del más puro naturismo.

Un magnífico tomo con cubierta en colores, UNA PESETA.

Pídase en todos los kioscos, librerías de España, América y á la Editorial Dep, Córcega 299, Barcelona, que lo envía franco contra su importe en sellos, etc.



Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,"

Calle de Santa Isabel, 45.

## EL ARTE

Academia de couplets.

*Impostación de la voz.*

*Canto y declamación lírica.*

*Repertorio de Ópera y Zarzuela.*

**Se escriben couplets**

*ad hoc*, del género que se deseen.

PRECIOS MODICOS

Jacometrezo, 80, entresuelo derecha

Horas: de 10 á 1 de la mañana  
y de 3 á 8 de la noche.

## LA INGLESA

Primera casa en gomas  
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)  
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

## COLECCIÓN JOCOSA-PICANTE

La biblioteca más á propósito para la gente regocijada y de buen humor, no hay duda que la constituye esta COLECCIÓN JOCOSA-PICANTE; y buena prueba de ello la da el éxito que ha merecido desde su aparición.

### TÍTULOS PUBLICADOS

*Cuentos picantes*, por el Abate Verdirrojo.

*Gracias y desgracias del ojo del c...*, por D. Francisco de Quevedo.

*Bocacelo, Sus cuentos más picantes.*

*El libro verde*, por D. Francisco de Quevedo.

*Los epigramas más picantes de la lengua castellana.*

*Los cuentos más picantes de Luis XI.*

Cada volumen forma un tomo elegante, tirado en buen papel, con cubierta á tres colores.

### 50 céntimos el tomo.

De venta en todas las librerías, centros de suscripciones y kioskos de España y América. Remitiendo su importe en forma de fácil cobro, por Giro postal ó en sellos de franqueo de España, se enviarán por colecciones ó sueltos. De deseárselos certificados, hay que añadir 25 céntimos

Dirigirse á

**B. Bauzá. Aribau, 175, Barcelona.**

# HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-masculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

## Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

## Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

### Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjense únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madita* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada.*—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.